

LA MODERNIDAD INDUSTRIAL Y SUS DESPOJOS

[INDUSTRIAL MODERNITY AND ITS SPOILS]

ALBERTO SATO KOTANI*

o

Alberto Sato Kotani
Universidad Diego Portales
Facultad de Arquitectura, Arte y Diseño
Escuela de Arquitectura
Santiago, Chile

Resumen

El proceso de industrialización en Chile se inició con la explotación minera y de los *concerns*, —término empleado por el economista Joseph Schumpeter para referirse a los consorcios industriales—. No obstante, desde las décadas iniciales de la República, la explotación de dichos recursos requirió del apoyo de la infraestructura mecánica que permitiera un aprovechamiento más eficiente de estos.

Debido a sus propias leyes de desarrollo así como a factores externos, en pocas décadas estas industrias se abandonaron, quedando sus despojos diseminados por el territorio. Ante este escenario, la hipótesis del siguiente trabajo es doble. Por un lado, que la modernidad de Chile se vinculó a un proceso de industrialización y no fue urbana sino territorial y que las ruinas que fueron el resultado del proceso de acumulación del capital, cobran hoy legitimidad histórica en tanto valor testimonial. Por otro, que la ruina moderna en general y la chilena en particular, posee un significado distinto al tradicional: en el abandono moderno de una obra humana no hay pátina posible, no hay victoria de la naturaleza sobre la obra humana, sino decadencia. Esto configura paisajes negativos que reclaman su inmediato restauro a riesgo de su desaparición.

Lo verdaderamente “nuevo” en la arquitectura moderna —y que pertenece al ámbito histórico del capitalismo—, es sin duda la construcción industrial y sus equipos. Ello fue lo realmente nuevo, lo moderno, pero que no ha saldado el tema de la obsolescencia física de los materiales y su casi imposible reposición.

Así, habría que establecer la diferencia entre la noción de ruina y de abandono, puesto que en general la ruina no se abandona, sino que por el contrario es constitutiva de la memoria y se preserva; en cambio, el abandono si bien produce ruina, carece de carácter transitivo. De esta forma, el abandono no necesariamente conduce a la ruina porque en general en él está ausente el recuerdo, la nostalgia, el *ubi sunt*.

Palabras clave

abandono / modernidad / nostalgia / obsolescencia / ruina

Abstract

The industrialization process in Chile began with the mining and exploitation of Concerns in general that required mechanical infrastructure for more efficient use of the resource during the early decades of the Republic.

According to its own laws of development as well as external factors, in a few decades these industries were abandoned, leaving his remains scattered throughout the territory. Given this scenario, the assumption here is twofold: firstly, that the modernity of Chile expressed by its industrialization process was not urban but territorial, and among the possible ruins that were inherited, the result of the accumulation process of capitalism, got historical legitimacy as testimonial value.

Secondly, the modern ruin in general and in particular in Chile, takes on a different meaning from the traditional notion, and this is the central aspect: In the modern abandonment of a human work, there is no patina, nor victory of nature over human work, but decay, and set negative landscapes that demand immediate restoration at the risk of their disappearance. The truly 'new' in modern architecture -and belonging to the historical context of capitalism, is undoubtedly the industrial construction and equipment: this was the really new, modern, who has not settled the issue of physical obsolescence of materials and its replacement is almost impossible.

*Thus, it would be the difference between the notion of ruin and abandonment, since generally ruin is not abandoned, but instead is constitutive of memory and it is preserved; however, the abandonment although produces ruin, lacks transitive: thus the abandonment does not necessarily lead to ruin because overall the memory is absent, the nostalgia, the *ubi sunt*.*

Keywords

abandoned / modern / nostalgia / obsolescence / ruin

I.

Cronológicamente, el proceso de industrialización en Chile se inició con la explotación minera y de *concerns* en general. Sin embargo, la minería o actividad extractiva, así como la explotación ganadera y maderera intensivas requirieron del apoyo de infraestructura mecánica para un aprovechamiento más eficiente del recurso incluso durante las décadas iniciales de la República.

Como consecuencia de sus propias leyes y de factores externos como las naturales fluctuaciones de los precios en el mercado internacional, en pocas décadas estas industrias se abandonaron y sus despojos quedaron diseminados por el territorio. La mano de obra que trabajaba en ellas se convirtió en una masa nómada que en contados casos conformó una población estable: mineros, leñadores, pastores, esquiladores recorrieron el territorio en busca de una fuente de trabajo que se localizaba en el sitio donde la naturaleza decidió radicar el objeto de la riqueza, mientras las instalaciones industriales, por su parte, iban quedando abandonadas en los sitios del recurso, sin posibilidad de recuperación productiva.

Ante este escenario, la hipótesis de este trabajo es doble: por una parte, que la modernidad de Chile vinculada con un proceso de industrialización no fue urbana sino territorial y entre las ruinas que se heredaron, la industria, como intrínseca del proceso económico social de acumulación del capital cobra legitimidad histórica como valor testimonial. Al respecto, la historia urbana moderna explica su crecimiento y desarrollo gracias al proceso de acumulación del capital de la Revolución Industrial, de tal modo que las grandes ciudades europeas y norteamericanas tenían el carácter de ciudades industriales, como Nueva York, Londres o París, donde vivía el proletariado urbano. Sin embargo, el continente latinoamericano participó de la Revolución Industrial proveyendo materias primas e incorporando la mecanización en el sitio del recurso ubicado en su territorio, mientras las ciudades fueron inicialmente centros de comercio y servicio, es decir, terciarias (Geisse-Valdivia, 1978; Hardoy, 1974; Ortega, 1981).

De este modo, la condición territorial del proceso inicial de industrialización en Latinoamérica, y en particular en Chile debido al carácter extractivo de sus recursos, hizo que sus ruinas estén alejadas de los centros culturales, estableciendo un diálogo particularmente “turístico” y de presencia lejana con los orígenes de su formación moderna.

La segunda hipótesis que aquí se trata es que la ruina moderna en general, y en Chile en particular, posee un significado distinto a su noción tradicional. Este significado es el aspecto central del presente trabajo. En efecto, como se verá más adelante, en el abandono moderno de una obra humana no hay pátina posible, no hay victoria de la naturaleza sobre la obra humana sino decadencia, la que crea paisajes negativos que reclaman su inmediato restaura a riesgo de su desaparición.¹ Obviamente, dicho restaura niega la ruina, la hace desaparecer y crea una nueva realidad:

La ruina del siglo XXI es detritus o restauración. En este último caso, la edad real ha sido eliminada por un lifting inverso o se hace que lo nuevo parezca viejo, en vez de que lo viejo parezca nuevo. Las modas de reproducción retro hacen que cada vez sea más difícil reconocer lo que es genuinamente viejo en una cultura de preservación y restauración (Huyssen, 2006, p. 10).

Así, la fragilidad de estos abandonos, si bien dan lugar a estudios de la llamada arqueología industrial,² conducen también a destinos que se bifurcan entre su restauración y su difícil conservación, debido especialmente a la naturaleza misma de los materiales constitutivos de la industria. En efecto, estos materiales, con tiempos prolongados en desuso, sufren un grado de deterioro que no ocurre en el caso de la “inmortalidad” de la piedra u otros áridos, constitutivos de la mayoría de las ruinas. Al decir de Kevin Lynch (2005), los materiales modernos se *echan a perder* con rapidez.

II.

El romanticismo del siglo XIX asignó un valor inestimable a la ruina. John Ruskin señalaba que:

(...) lo pintoresco se busca en la ruina y se supone que consiste en la decadencia. Sin embargo, aun cuando se busque de ese modo, consiste en la mera sublimidad de las grietas o fracturas, o manchas, o vegetación, que la arquitectura asimila con el quehacer de la naturaleza y le confieren esas condiciones de forma y color que la mirada humana aprecia de manera universal (1994, p. 171).

Esa mirada del romanticismo convirtió a cualquier situación de abandono de la obra humana en objeto de culto y de un aprecio particular, sin embargo, no eliminó la posibilidad cierta de que en la modernidad existieran diversos

tipo de ruinas. No obstante, se puede convenir que en general, la modernidad no produce ruinas sino muerte o desaparición: “La otra cara de la infernal repetición de ‘lo nuevo’ en la cultura de masas es la mortificación de aquello que ya no es novedoso” (Buck-Morss, 1995, p. 181). Dentro de aquella diversidad, la ruina industrial posee un particular significado.

Lo verdaderamente “nuevo” en la arquitectura moderna —y que pertenece al ámbito histórico del capitalismo—, es sin duda la construcción industrial y sus equipos. Ello fue lo realmente nuevo, lo moderno, pero que no saldó el tema de la obsolescencia física de los materiales y su casi imposible reposición.³ Como señalaba Andreas Huyssen: “El cemento, el acero y el vidrio no sufren la erosión como la piedra. La arquitectura moderna rechaza el regreso de la cultura a la naturaleza” (2006, p. 20). De esta forma, la piedra puede tener una edad geológica de 50 millones de años y un picapedrero pudo haberle dado forma de pieza de un arbotante en una catedral gótica hace 700 años; pero también hoy, otro picapedrero podría hacer lo mismo, se si piensa desde la conformación originaria como material, nada cambia. Asunto este que no aplica por ejemplo para el aluminio, la baquelita o el linóleo.⁴

De este modo, materiales nuevos y cuya obsolescencia es relativamente rápida se combinan con algo tan caro a la modernidad que es su función, es decir, la obsolescencia funcional es irrecuperable y para sellar su condena se le agrega la obsolescencia cultural: la moda. Estos elementos conforman la trilogía de la destrucción que permite afirmar con Benjamin, que el producto moderno, por su propia naturaleza material y cultural nace como ruina.

Estas afirmaciones se apoyan en la hipótesis schumpeteriana de la “destrucción creadora” del capitalismo:

La apertura de nuevos mercados, extranjeros o nacionales, y el desarrollo de la organización de la producción, desde el taller de artesanía y la manufactura hasta los “concerns” tales como los del acero de los Estados Unidos (U.S. Steel), ilustran el mismo proceso de mutación industrial —si se me permite usar esta expresión biológica— que revoluciona incesantemente la estructura económica “desde adentro”, destruyendo ininterrumpidamente lo antiguo y creando continuamente elementos nuevos. Este proceso de “destrucción creativa” constituye el dato de hecho esencial del capitalismo (Schumpeter, 2008, p. 83).

El nuevo sistema económico social instaló un modelo que desecha una producción —por más eficiente y beneficiosa que sea— para reemplazarla por otra y, en consecuencia, deja edificios industriales abandonados que no se celebrarán como nostalgia sino, por el contrario, como imposibilidad cuando no puedan ser reducidos a escombros. Esto sucede en general con las grandes industrias e infraestructuras que, actualmente, son objeto de culto. Alöis Riegl en su *Culto moderno a los monumentos* (1987) dice en clave posmoderna: las ruinas industriales actualizan la nostalgia por una promesa que no se cumplió: la promesa del progreso, de un futuro diferente.

Las “ruinas auténticas”, como existían todavía en los siglos XVIII y XIX, ya no tienen lugar en la cultura mercantil y memorialista del capitalismo tardío. Las cosas, transformadas en mercancías, envejecen mal. Se vuelven obsoletas, son tiradas a la basura o recicladas. Los edificios son destruidos o restaurados. En la era del turbocapitalismo, las cosas tienen pocas posibilidades de envejecer y convertirse en ruinas y esto, irónicamente, sucede cuando la edad promedio de la población aumenta. La ruina del siglo XXI es detritus o restauración (Huyssen, 2006, p. 10).

A diferencia de las ruinas auténticas de un tiempo apaciguado, la modernidad capitalista conmovió los despojos arquitectónicos hasta sus cimientos. La angustia por lo nuevo es destructora y la arquitectura moderna tenía conciencia de esta condición, como decía Baudelaire “lo efímero y transitorio”. Sin embargo, el valor patrimonial de la arquitectura moderna, como testimonio histórico cultural es un argumento convincente para alterar las barreras que ella misma se impuso. En efecto, no está totalmente resuelta la polémica con base teórica sobre la conservación de la arquitectura moderna en general, sino que esta, como institución (en el sentido foucaultiano) decidió que así fuera.⁵

La obsolescencia funcional de un edificio moderno declara su propia muerte porque fue pensado y construido para el cumplimiento de determinada función: significante y significado concurren a proporcionarle una especificidad que frente a cualquier otro uso adquiriría carácter de comedia, o de representación turística. De este modo, estas acciones humanas de producción e inmediato consumo que devienen en obsolescencia funcional y cultural, son eso: acciones humanas y por ello pierden el carácter que señalaba Simmel:

(...) el carácter esencial de las ruinas queda anulado, no solo por la destrucción activa del hombre, sino también cuando, con su pasividad, el hombre pasivo actúa como mera naturaleza. Tal sucede de manera característica en algunas ruinas urbanas que todavía son habitadas [...] Lo característico de la impresión que esto suscita no es que sean los hombres quienes destruyan la obra del hombre, sino más bien que aun haciéndolo la naturaleza los hombres quienes permiten que sobrevenga la ruina (2002, p. 184).

Paradoja de nuestra condición —compartida con muchos países latinoamericanos— es que ya en el siglo XXI todavía no se haya logrado construir el proyecto moderno, pero es testigo de las ruinas de la sociedad “turbocapitalista”.⁶ Así, quizás es más adecuado considerar a la noción de obsolescencia, la razón del abandono de algunas —pocas— ruinas industriales y de servicios.

Actualmente, como señalaba Huyssen (2006), renace el interés por las ruinas (en este caso, esta publicación no es ingenua). En el caso particular de Chile, las salitreras, los yacimientos de carbón, otros campamentos mineros y las estancias ovejeras constituyen ejemplos relevantes que conducen de inmediato a la noción de ruinas industriales o modernas quizás, debido a otras ausencias históricas, considerando el pasado precolombino y colonial. En efecto, las huellas arquitectónicas dejadas por el proceso civilizatorio chileno son escasas, salvo durante la industrialización o más bien durante la instalación del capitalismo moderno, con sus fábricas, industrias y máquinas, por lo que cobran mayor significado estas ruinas.

III.

Chile, a lo largo de su extensa línea territorial, desde las pampas atacameñas hasta Tierra del Fuego, disponía de plata, nitratos, cobre, carbón —más tarde, petróleo y gas—; hierro, tierra para el ganado ovino, bosques de lenga y coigüe. Los residuos arquitectónicos dejados por la industrialización son las ruinas de sistemas de transporte especialmente ferroviario, de transporte de materiales desde los socavones hasta la superficie, de puertos, de gigantescos depósitos y máquinas que, por las leyes del sistema productivo, se abandonaron en los sitios de explotación. Lo que hizo también que la población se moviera hacia otra fuente de trabajo, sin embargo, las máquinas e infraestructura no se movieron, sus despojos quedaron

desprotegidos de los rigores de vientos, lluvias y tempestades, de soles abrasadores y noches heladas.

Este proceso de industrialización se inició con la explotación del salitre nortino en la década de los sesenta del siglo XIX. Un censo realizado por la Sociedad de Fomento Fabril (Sofofa), fundada en 1895, revelaba en las dos ciudades más importantes del territorio, Santiago y Valparaíso, la existencia de 17.567 obreros con 3.978 máquinas en la primera y 12.616 obreros y 2.203 máquinas en la segunda, y con poblaciones de 256.403 y 133.756 habitantes respectivamente. La ausencia previsible en esta encuesta de las industrias salitreras era que:

(...) se lamentaban de haberse tropezado constantemente con la indiferencia y aun con la resistencia de los mismos industriales, que no comprenden todavía los beneficios que trae consigo el conocimiento del verdadero estado industrial del país, o se niegan a dar noticias sobre sus establecimientos por el no justificado temor de que ellos sirvan para la aplicación de impuestos (Sofofa, 1895, p. 1).

Esta resistencia y ocultamiento de información no es sino la negativa de los capitales por transparentar las ganancias obtenidas, así como la condición de explotación de los trabajadores mineros. Una de las consecuencias directas de estas reticencias es la visión distorsionada del proceso de industrialización en Chile, ya que la producción más significativa en términos económicos, no informaba cuánta gente trabajaba, cuántos equipos o máquinas funcionaban, ni mucho menos, cuánto ganaban.

De este modo, la modernización industrial, de carácter territorial y no urbano, una vez que apagó sus medios productivos en virtud de la obsolescencia funcional o de su baja rentabilidad, la población obrera y sus familias se dispersaron y, en consecuencia, abandonaron sus instalaciones al tiempo, y de esta forma la historia testimonial por medio de la cultura material se fue borrando.⁷

Para mayor comprensión de la situación contemporánea es necesario tomar distancia de la visión romántico-ruskiniana de la ruina. En efecto, el capitalismo anticipa esta condición particular de la ruina.

Cada época no sólo sueña la siguiente, sino que se encamina soñando hacia el despertar. Lleva su final consigo y lo despliega —como ya supo ver Hegel— con astucia. Con la conmoción de la economía de mercado empeza-

mos a reconocer los monumentos de la burguesía como ruinas, antes incluso que se hayan derrumbado (Benjamin, 2007, p. 49).

De este modo, antes de su aparición, se puede reconocer que cualquier manifestación de desarrollo físico de la economía capitalista, que cualquier brillo y asombro despedido por el halo de las nuevas tecnologías guarda tras de sí su inmediato estado de ruina: “la alegoría es, en el dominio del pensamiento, lo que las ruinas en el dominio de las cosas” (Benjamin citado en Buck-Morss, 1995, p. 187).

Hoy habría que establecer la diferencia entre la noción de ruina y la de abandono, puesto que en general la ruina no se abandona, sino que por el contrario es constitutiva de la memoria y se preserva; en cambio, el abandono si bien produce ruina, carece de carácter transitivo: así, el abandono no necesariamente conduce a la ruina —en el sentido de Ruskin— porque en general está ausente el recuerdo, la nostalgia, el *ubi sunt*.

En el caso chileno es notable el desarraigo; la industria salitrera, base de la formación del capital nacional, desafiaba con restauraciones los despojos de máquinas, galpones, líneas ferroviarias, etc. La explotación del salitre en el desierto de Atacama durante casi un siglo, desde sus inicios en los años treinta del siglo XIX hasta llegar a la crisis del año 1929, significó el comienzo de una riqueza de origen extractivo cuya cultura aún persiste con la minería del cobre. Si bien el proceso productivo de esta actividad nunca agregó demasiado valor a la materia prima en todo el continente latinoamericano, requirió de instalaciones industriales de grandes dimensiones y que, al estar irremediablemente obsoletas, fueron abandonadas sin otra posibilidad de recuperación que la de su restauración con fines histórico-culturales. Esta condición patrimonial, por la misma naturaleza moderna de sus instalaciones, debe ser mantenida en su forma de abandono, salvo aquellas obras complementarias del campamento minero como casas, almacenes, teatros, centros sociales, que pueden destinarse a actividades museísticas o de eventos culturales, pero las instalaciones industriales en general no pueden ser habitadas y por esta razón deben quedar, en el mejor de los casos, abandonadas, limpias pero abandonadas. Mucho más cuando en la pampa salitrera no existió el arraigo debido a que la población de los campamentos mineros se trasladaba con total indiferencia de

un cantón a otro. “El que los campamentos se parecieran tanto unos con otros ayudaba a que el desarraigo no fuera tan doloroso” (González, 2008, p. 189).

IV.

A modo de conclusión, siempre provisional, se puede acordar que la modernidad en Chile se manifiesta en toda la extensión de su territorio en la explotación de minerales a través de *concerns*, cuyos testimonios actuales son restos abandonados que no adquieren condición de ruina en tanto que industrias, sino en tanto construcciones. Un ejemplo de interés lo constituyen las llamadas ruinas de Huanchaca, la antigua planta procesadora del mineral de plata procedente de las minas de Pulacayo, hoy convertidas en Museo de Sitio, junto con una sala de reciente diseño y construcción (2009) donde, el testimonio industrial es sustituido por las riquezas geológicas del territorio, fotografías y restos de construcciones de material árido.

Así, el tratamiento especial que exigen los restos industriales para transmitir su testimonio como proceso productivo requiere de la distancia brechtiana, del enfriamiento pasional que caracteriza a la noción tradicional de ruina para informar acerca del proceso de formación del capitalismo moderno en Chile. De este modo, la ruina industrial moderna informa, no establece relaciones afectivas, por lo que el término ruina adquiere otro significado en este contexto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Benjamin, W. (2007). *El libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- Buck-Morss, S. (1995). *Dialéctica de la mirada*. Madrid: Visor, Dis.
- DO.CO.MO.MO. (septiembre, 1990) *Conference Proceedings*. First International Conference. Eindhoven University of Techn. Netherlands Department for Conservation Technoology
- Dillon, B. (Ed.) (2011). *Ruins*. Cambridge MA: Whitechapel Gallery & The MIT Press.
- Galaz-Manakovic, D. (2016). Industrialización minera, urbanización e innovación en las relaciones sociales en el sudeste del altiplano boliviano: el caso de la Compañía Huanchaca de Bolivia (1834-1930). *Revista de Estudios Atacameños*, 52, 153-175. <http://dx.doi.org/10.4067/s0718-10432016005000001>
- Gárces, E. (1999). *Las ciudades del salitre*. Santiago: Orígenes.
- Gárces, E., Cooper, M., y Baros M. (2007). *Las ciudades del cobre*. Santiago: Ediciones UC.
- Gárces, E., Kroeger, F., Martinic, M., Piwonka, N., y Cooper, M. (2013) *Tierra del Fuego, historia, arquitectura y territorio*. Santiago: ARQ ediciones.
- Geisse, G. y Valdivia, V. (1978). Urbanización e industrialización en Chile. *Revista EURE*, 15(5), 11-35.
- González, S. (2008). El mundo de las casas de lata. La vida en la pampa salitrera. En, R. Sagredo y C. Gazmuri (Eds.), *Historia de la vida privada en Chile, Tomo II. 1840-1925* (pp. 187-213). Santiago: Taurus- Aguilar Chilena de Ediciones.
- Hardoy, J.E. (1974). *El proceso de urbanización en América Latina*. La Habana: Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe.
- Huyssen, A. (2006). Nostalgia for ruins. *Grey Room*, 23, 6-21.
- Ironbridge Gorge Museum Trust (mayo-junio, 1973). First International Congress of the Conservation of Industrial Monuments, Transactions, Irobridge. Madison, WI: autor
- Luttwak, E. (2000). *Turbocapitalismo*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Lynch, K. (2005). *Echar a perder*. Barcelona: G. Gili.
- Ortega, L. (1981). Acerca de los orígenes de la industrialización chilena 1860-1879. *Nueva Historia*, 2, 3-10.
- Pinard, J. (1985). *L'archéologie industrielle*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Riegl, A. (1987). *El culto moderno a los monumentos*. Madrid: Visor, La balsa de la Medusa.
- Ruskin, J. (1994). *Las siete lámparas de la arquitectura*. México D.F.: Ediciones Coyoacán.
- Schumpeter, J. (2008). *Capitalism, socialism and democracy*. New York: Harper Perennial Modern Thought edition.
- Simmel, G. (2002). *Sobre la aventura*. Barcelona: Ediciones Península.
- Sociedad de Fomento Fabril (año). *Boletín de la estadística industrial de la República de Chile 1894-1985*. Santiago: autor.

NOTAS

- 1 Es el caso chileno de las ruinas de Huanchaca. Ver Galaz-Manakovic, 2016.
- 2 Para más información ver Ironbridge Gorge Museum Trust, 1973, y Pinard, 1985.
- 3 Más información en Jester, 2014.
- 4 El aluminio es un material no ferroso que nace del procesamiento de la bauxita. Se obtuvo por primera vez en 1825. La baquelita es un fenoplástico producido en 1907 y el linóleo se inventó en 1860. Como el término lo indica, está compuesto por aceite de lino mezclado de un material inerte flexible, que es el polvo de corcho. Este fue sustituido por el vinilo en 1960. Actualmente estos últimos materiales –salvo excepciones– son fabricados para reproducción de objetos retro.
- 5 Ver DO.CO.MO.MO. International (Documentation, Conservation of Modern Movement)
- 6 Término acuñado por el economista y politólogo Edward Luttwak. Ver Luttwak, 2000.
- 7 Ver Gárcés, 1999; Gárcés, Cooper y Baros, 2007; Gárcés, Kroeger, Martinic, Piwonka y Cooper, 2013.